

Carlos Esplá

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ EN PARÍS: SU VIDA, SU OBRA Y SUS IDEAS

(*El Escándalo*, 7-I-1926)

La silueta del novelista universal

Blasco Ibáñez ha pasado un mes en París. Cada año, cuando la Cote d'Azur se ve más poblada; cada año cuando el frío aprieta y los bulevares de París tienen todas las características que deben tener para que París sea París, Blasco Ibáñez, el novelista español que ha alcanzado más fama y popularidad por encima de las fronteras de su patria, llega a París, montado en su magnífico auto norteamericano. Esta vez llega acompañado de su nueva esposa. Como siempre, su auto se detiene frente al Hotel del Louvre y toma la misma habitación. Una habitación alta que da frente a la Avenida de la Ópera y que tiene por fondo el edificio de la Ópera. Es un paisaje urbano magnífico que a Blasco Ibáñez le gusta mucho.

Cuando llega Blasco a París, todos los escritores, todos los editores, todos los periodistas norteamericanos pasan por su cuarto. Tras un representante de una agencia de cien diarios estadounidenses, pasan Max y Alex Fícher; tras estos, Henri Duvernois; tras este, Paul Reboux; tras este, algún secretario de Calman-Levy... Cuando no artistas cinematográficos, *produceurs* internacionales o modestos admiradores que traen un envoltorio debajo del brazo y que vienen a solicitar una firmita del autor de *Los cuatro jinetes*... Blasco Ibáñez es un hombre meridional. Se levanta, se pasea, se viste, se desnuda, se cambia la corbata y busca unos zapatos que hagan juego con su pantalón; da treinta órdenes y pide seis diarios... Es una actividad permanente, es un vértigo que da optimismo a cuantos le rodean y les inyecta fuerzas para que trabajen... Blasco Ibáñez es una conversación permanente, un diálogo interminable y que uno lamenta tener que cortarlo para ir a comer, a cenar o a dormir. Baraja los recuerdos, las personas, las ideas, las imágenes... Tan pronto habla de las maravillas de Benarés como de un recuerdo personal de Pi y Margall; explica cómo escribió tal o cual novela y los apuros que pasó un día para recoger dos pesetas... Luego comenta, pregunta por este escritor, por aquel político, señala una novela a escribir y expone una teoría económica... Sonríe, muestra los dientes menudos, pasa suavemente la lengua por el labio superior y agita su monóculo que bailotea sobre su abrigo gris.

Durante este mes Blasco Ibáñez pasa revista a todo el mundo. Después vuelve a la Cote d'Azur y permanece en ella durante un año, sí es que no se lanza a realizar otro largo viaje para descubrir nuevas costumbres de civilización, nuevos paisajes, nuevos hombres. En París, a pesar del rebullicio y de la inquietud, procura reglamentar su vida, para poder trabajar. Pasea por las mañanas debajo de los porches de la Place Royal y charla con su interlocutor...

—Mire usted: Cuando yo era joven conocí a una mundana que era la amante de un noble ruso y que tenía por gigolo a un estudiante revolucionario. Era curioso... El pobre estudiante tenía que vivir, en ciertas épocas, de lo que le daba la mundana. Y la mundana percibía ese dinero, naturalmente, del noble ruso, amigo o pariente del zar. Incluso parece que parte de ese dinero que le dio sirvió para que el estudiante pudiera realizar un viaje a Rusia y tomar parte en una revolución... Ahora estos tres personajes viven en la Cote d'Azur. Y han cambiado de suerte. Con la revolución, el noble ruso se ha arruinado y ha pasado a ser el amante de corazón de la mundana sentimental, mientras que el antiguo revolucionario, que es hoy un personaje de la Rusia soviética, es el amante oficial, el que paga.

—Esto es una novela, don Vicente.

—Claro, claro... Es una novela que escribiré. ¡Si ya la tengo planeada!

Seguimos el camino. Una madre que acompaña a la niñera que lleva a un hijo metido en un carrito, se vuelve a nuestro grupo para decirse a sí misma:

—*C'est monsieur Blasco Ibáñez!*

Por todas partes oímos la frase. Las modistillas, las mujeres, los hombres, todos conocen la silueta atlética y la cara aguda del novelista valenciano. Todos le señalan o le nombran al pasar. Es enorme la popularidad que tiene este hombre en París. Acaso es el novelista extranjero más popular en París.

Se inicia el diálogo

Eran cerca de las dos de la tarde cuando terminamos el almuerzo. Habíamos comido juntos, un poco apartados del barullo cosmopolita del gran salón del hotel. Estábamos reunidos Blasco Ibáñez y su señora, el novelista Louis Dumur, el joven escritor Jean Cassou —gran amigo de España— y yo.

—¿Qué prepara usted, Dumur? —pregunta Blasco Ibáñez.

—Voy a terminar con unos libros sobre la revolución rusa mi serie de novelas de la gran guerra... Mi próximo libro se titula: *Dios protege al zar*.

—¿Cree usted que hubo realmente protección? —comenta irónico Cassou.

—Eso es lo que pregunto en mi libro —replica Dumur—. En la novela siguiente describiré la vida de los emigrados rusos en Europa.

—Venga usted a la Costa Azul —dice Blasco—. Verá usted personajes curiosísimos... Es un mundo extraño, novelable... Una vez...

Una maravillosa palabra de Blasco Ibáñez

Y, a partir de aquel momento, es solo Blasco Ibáñez quien habla. Cuenta la vida de los grandes duques arruinados que se emplean en los oficios más humildes, que recurren a mil expedientes antes de reconocer su ruina y decidirse a trabajar...

—Si yo fuera un *snob* —continúa el glorioso novelista español— podría darme el gusto extravagante de tener una servidumbre toda de príncipes, generales, duquesas y diplomáticos, dejados cesantes por la revolución... Ya ven ustedes, yo, un republicano, amigo de los republicanos y socialistas rusos que estaban desterrados en París cuando yo vine aquí por primera vez... Ahora podría tener como criados a «nuestros» enemigos de entonces...

—¿Y por qué no lo hizo usted? —preguntamos.

—Por no humillarlos... y, además, porque creo que serían pésimos servidores. Pero, ¡si quisiera!... Una duquesa vino a ofrecerse como cocinera, un coronel de Estado Mayor como chófer... Antes habían venido a contarme historias, a ofrecerme el relato de sus vidas como argumentos para mis novelas... Pero los rusos no son como nosotros... Yo les conozco bien... Soy todavía uno de los pocos escritores de los que llaman «burgueses», que sigue siendo leído y editado en la Rusia actual... No cobro nada, naturalmente... Antes, en tiempos del zar, tampoco... Kerenski es amigo mío... Un día hablamos de los rusos... Le referí cosas que me han pasado con ellos... Kerenski se moría de risa al ver mi extrañeza ante aquellas extravagancias que para un ruso son la cosa más natural del mundo. Yo no comprendí bien la literatura rusa hasta que conocí sus tipos en la realidad. Creía al principio que eran los autores quienes estaban locos. Después, vi que eran los personajes los que tienen una cordura diferente a la nuestra. Yo explicaba a Kerenski lo que es a mi juicio el cerebro de un ruso. Kerenski lo aprobaba con gran regocijo... Es como un guante de la mano derecha... Se lo pone uno y va bien. Pero llega un ruso y le da la vuelta... Aquello sigue siendo un guante, indudablemente... Lo único, es que ya no sirve para la mano derecha, sino para la izquierda... Pero es el mismo guante... Habla usted con un ruso y le oye decir: dos y dos son cuatro...

¡Magnífico!, exclama uno; este ruso piensa como yo... Y cuatro son ocho, continúa el ruso... ¡Bravo! esto va bien... Y ocho, dieciséis... Hasta aquí todo va bien... Pero, luego, añade; y dieciséis, mil trescientos quince... Pero, hombre ¿cómo es eso?... Es que ya ha salido el ruso, el personaje de Dostoievski... Y si uno hace la menor observación, el ruso dirá seriamente: ¡Nunca comprenderá usted este misterio. Usted no conoce el alma eslava!...

Dumur oía extrañado esta nueva Rusia que le descubría nuestro novelista.

Blasco Ibáñez y sus ideas sobre la muerte

Preguntaba hace pocos días un periodista en trance de hacerle una entrevista a Blasco Ibáñez:

—¿Tiene usted miedo a la muerte?

—No —respondió vivamente el escritor—. Me aterra únicamente que pueda yo tener una muerte dolorosa y lenta. Esto, sí; sería horrible. Pero la muerte sin molestar a los demás, sin sufrir uno mismo, no es cosa que debemos contemplar con horror quienes tenemos de la vida un concepto laico y serio... El temor a la muerte es cosa de vanidosos... Tienen la terrible vanidad de no querer morirse, de vivir siempre. Es un deseo insensato de inmoralidad... Tratan de buscar falsos consuelos en la religión... ¡Tan hermoso como es contemplar serenamente la obra maravillosa de la naturaleza!... Yo amo enormemente la vida y me alegraría continuarla aún bastante tiempo, pues creo que aquí termina todo, pero no temo esa forzosa desaparición de la muerte... El no temer a la muerte es cosa de humildad y buena educación... Sí, sí, créame... De humildad, porque aspirar a la vida eterna es la prueba mayor de soberbia. ¿Tan preciosa creen su vida quienes temen perderla?... Y de buena educación, porque la vida es como un espectáculo que todas las generaciones tienen igual derecho a contemplar... ¡El espectáculo más hermoso!... Hemos de tener en cuenta que otras generaciones se han apartado para dejarnos ver lo que pasa por aquí... Nosotros tenemos que hacer lo mismo con los que vienen detrás... «Ahora os toca a vosotros», tenemos que decir con buena educación a nuestros hijos... Hacer otra cosa es parecerse a esos espectadores groseros que se suben en la butaca y molestan a los demás... Están llenos de espíritu religioso...

«Yo hubiera inventado la novela...» —dice

—¿Qué novelistas prefiere usted? —preguntaban un día a Blasco Ibáñez.

—Los que trabajan... Yo soy de un criterio muy amplio y de una admiración fácil... Admiro muchas cosas que no me gustaría que fuesen mías... Pero creo que en todos los novelistas se puede encontrar algo interesante... Algunos me creen unido espiritualmente a una época y a una forma de la novela que consideran ya pasados, y me juzgan en consecuencia, como enemigo de otras modas más recientes... Nada de eso... Ante todo, yo no soy un novelista de escuela, ni de grupo... Yo soy un novelista porque siento la necesidad de serlo... Hay quien escribe porque otros han escrito antes que él... Yo tengo la seguridad de que si hubiese nacido en un país sin historia, sin literatura, casi sin habitantes, para hacer una vida salvaje, hubiese andado leguas y leguas de camino para referir a otro hombre mis impresiones, para hacerle el relato de lo que viese o imaginase... Yo hubiese inventado la novela sin saber que la inventaba, solo por no morir con el remordimiento de reservar para mí solo la historia de cuanto pasase en aquella tierra que habitásemos... Creo que todos los verdaderos novelistas harían lo mismo y han sentido idéntica vocación... Hay otros, naturalmente, que hacen novelas, pero que no son novelistas, aunque sean excelentes escritores... También los admiro y los leo...

—¿Y qué escritores, entonces, son los que menos le gustan?

—Ahí, mire usted; de eso no suelo hablar... Nunca he hablado mal de escritores ni he dado patentes... Me parece una equivocación que un escritor se pase la vida hablando mal de los otros... Los que hacen eso no tienen tiempo de hablar bien de ellos mismos, lo que resulta siempre más provechoso e inocente...

«París, la juventud, los años, el sol...»

—¿Le gusta a usted París? —pregunté recientemente al maestro.

—Vengo una vez al año para ver a mis amigos y editores. Quizás me gusta... y me cansa. Necesito seguir un régimen de alimentación que aquí tengo que interrumpir a fuerza de mutaciones. Además, necesito trabajar. Yo necesito trabajar para vivir no por las ganancias, sino por el placer del trabajo, por la voluptuosidad de la producción... Y en París no podría trabajar, con este frío, sin sol... ¡Oh, no! París nos engaña cuando somos jóvenes... Encontramos belleza a este cielo triste, que obra el milagro de hacer que la gente se refugie en el amor... Eso es lo que da calor y alegría a la juventud, no el cielo triste que nos engaña... Quizás ya no me gusta París... Lo que hago es quererlo... Aquí vine la primera vez desterrado... Tenía yo diecinueve años... Vivía en la plaza del Panteón, en un hotel que se llamaba de los Grandes Hombres... Aún existe... Todos los

estudiantes que lo ocupábamos nos llamábamos «grandes hombres». Yo era el «gran hombre» número 52, que era el número de mi cuarto... Armábamos jaleos en el barrio Latino... Algunas noches nos llevaban a la comisaría... El comisario, un viejo revolucionario francés me conocía, sabía que yo era un desterrado político, y cada vez que me llevaban allí los guardias, se ponía colorado y me soltaba un sermón:

—¿No le da a usted vergüenza verse otra vez aquí? Usted, un republicano, un desterrado político que trabaja por la libertad de su país, verse mezclado en estos escándalos con estos jovenzuelos que a lo mejor son unos reaccionarios y estas chiquillas mal educadas...

Yo le decía que aquella sería la última y no solo me ponía en libertad, porque se trataba de un desterrado político, sino que soltaba también a aquellos jovenzuelos «que a lo mejor eran unos reaccionarios»... Pero aquello no era solo París... Era también mi juventud... En cualquiera otra parte hubiera tenido la misma alegría... Ahora, solo me encuentro bien en mi casa... en mi jardín... He realizado la ilusión de toda mi vida... Tener un jardín junto al Mediterráneo, poseer en la biblioteca todos los libros que quiero, viajar cuando me encuentro bien de salud, escribir... ¿Para qué quiero más?... Dentro de pocos días regresaré a Menton, a mi jardín... Por las mañanas, cuando me levanto, paseo por él... ¿Cuántas veces lo volveré a ver?, pienso... Y aunque me siento fuerte y con vida por delante, pienso que algún día lo veré por última vez... Y entonces me pongo a trabajar con más ánimos, con más alegría, para aprovechar la vida, para gozarla hasta la última gota... ¿Comprende?... Precisamente hoy, que hace aquí tanto frío, debe hacer en Menton un sol maravilloso... Y hoy es un día que quisiera yo hacer una novela... Estará el mar quieto, tibio y brillante... Y aquí en París... Necesitaremos tomar una copita de coñac para entonarnos... En Menton no bebo nunca... Lo tengo para que beban los amigos, sobre todo los americanos, ¡se hacen cada trago!... Pero aquí en París... no hay más remedio... Hoy está el día triste... Y en Menton hará sol y yo estaría haciendo novela...

Cómo es Blasco Ibáñez

Don Vicente está en vena de hablar de sí mismo. Así, me dice:

—Yo soy un hombre de acción, que he hecho en mi vida algo más que libros y no gusto de permanecer inmóvil durante tres meses en un sillón, con el pecho contra una mesa, escribiendo diez horas por día. Yo he sido agitador político, he pasado una parte de mi juventud en la cárcel (unas treinta veces), he sido presidiario, me han herido

mortalmente en duelos feroces, conozco todas las privaciones físicas que un hombre puede sufrir, incluso la de una absoluta pobreza, y al mismo tiempo he sido diputado, hasta que me cansé de serlo (siete veces); he sido amigo íntimo de jefes de Estado, conocí personalmente al viejo sultán de Turquía, he habitado palacios; durante unos años de mi vida he sido hombre de negocios y manejado millones; en América he fundado pueblos... Quiero manifestar con esto que las más de las veces, por mi gusto, haría las novelas en la realidad mejor que escribirlas sobre papel. Pero toda novela nueva se impone en mí con una fuerza fisiológica y puede más que mi tendencia al movimiento y mi horror al trabajo sedentario. Crece en mi imaginación; de feto se convierte en criatura, se agita, se pone de pie, golpea mi frente por la parte interior, y tengo que echarla fuera como una parturienta, so pena de morir envenenado por la putrefacción de mi producto, falta de luz. Es inútil cuanto he dicho de no trabajar más. Estoy convencido de que, mientras viva, haré novelas. Se forman en mí por el procedimiento de la bola de nieve. Una sensación, una idea, no buscadas, surgidas de los limbos de lo subconsciente, sirven de núcleo, y en torno de ellas se amontonan nuevas observaciones y sensaciones almacenadas en ese mismo subconsciente, sin que uno se haya dado cuenta de ello. El que verdaderamente es novelista posee una imaginación semejante a una máquina fotográfica, con el objetivo eternamente abierto. Con la misma inconsciencia de la máquina, sin enterarse de ello, recoge en la vida diaria fisonomías, gestos, ideas, sensaciones, guardándolas sin saber que las posee. Luego, lentamente, todas estas riquezas de observación se mueven en el misterio inconsciente, se amalgaman, se cristalizan, esperando el momento de exteriorizarse; y el novelista, al escribir bajo el imperativo de una fuerza invisible, cree estar diciendo cosas nuevas y acabadas de nacer, cuando no hace más que transcribir ideas que desde años antes viven dentro de él y que le fueron sugeridas por un personaje olvidado, por un paisaje remoto, por un libro del que no se acuerda. Yo me enorgullezco de ser un escritor lo menos «literato» posible; quiero decir lo menos profesional. Aborrezco a los que hablan a todas horas de su profesión y se juntan siempre con colegas, y no pueden vivir sin ellos, tal vez porque sustentan su vida mordiéndoles. Yo soy un hombre que «vive» y, además, cuando le queda tiempo para ello, escribe por una necesidad imperiosa de su cerebro. Siendo así, creo proseguir la tradición española, noble y varonil. Los mejores genios literarios de nuestra raza fueron hombres, hombres verdaderos, en el más amplio sentido de la palabra: fueron soldados, grandes viajeros, corrieron aventuras fuera de España, sufrieron cautividades y miserias... y, además, escribieron. Cuando tuvieron que

reñir a brazo partido con la vida, abandonaron la pluma, considerando incompatible la producción literaria con las exigencias de la acción. Acuérdesse que nuestro Cervantes estuvo una vez ocho años sin escribir. Así se conoce la vida, creo yo, mejor que pasando la existencia en los cafés, viéndolo todo a través de los libros ajenos o de las conversaciones, reuniéndose siempre los mismos interlocutores, momificando el pensamiento con idénticas afirmaciones, nutriéndose de los propios jugos, sin ver otros horizontes, sin moverse de la orilla junto a la cual se desliza la corriente de la humanidad activa.

Las distracciones de Blasco Ibáñez

No es Blasco un hombre de quien se hayan recogido anécdotas, a pesar de su vida intensa. Yo le he rogado que me contara varias anécdotas y el maestro ha hurgado en su memoria para complacerme.

«Presenciando, en Buenos Aires, la representación de la comedia *La tragedie sur le lac*, sacada de mi novela *Cañas y barro* —dice D. Vicente—, me sorprendió tan gratamente la figura de una de los personajes secundarios, que exclamé, sin poderme contener: Pero, ¿cómo he podido yo omitir esa creación? ¡Hubiese resultado tan bien esa figura en mi libro!

Los amigos que me rodeaban, al escucharme, rieron sorprendidos mi ocurrencia, asegurándome que el personaje en cuestión aparecía perfectamente detallado en la novela. Y hasta me propusieron una apuesta, ante mis negativas. No he de decir que acepté, seguro como estaba de mi razón. ¿No iba a saber yo lo que había escrito en mi libro?

Por fin apareció un ejemplar de *Cañas y barro* y... perdí la apuesta. En la novela destacaba con todo el necesario relieve mi olvidado personaje».

Otra anécdota por el estilo —añadió Blasco Ibáñez— le puedo contar:

«Me habían regalado una interesantísima obra relativa a los edificios religiosos de México, que a la sazón yo visitaba. En el notable libro me llamó la atención un capítulo dedicado a San Francisco de Asís y leyéndolo ante algunos amigos, hube de comentar con mi franqueza habitual: "Estoy tan de acuerdo con todo esto, que diría precisamente esas mismas cosas si alguna vez me ocurriera escribir sobre el místico de Umbría. Es que hasta me parece haber leído ya antes esto alguna vez..."

Seguí leyendo, llegué al final del libro y... ¡me encontré con que el pasaje relativo a San Francisco había sido tomado de mi obra *En el país del arte!*».

La capa todo lo tapa

Blasco Ibáñez fue, en los comienzos de su vida literaria, secretario de don Manuel Fernández y González.

Había encontrado asilo en un chiscón que pertenecía a una casucha en ruinas que databa del siglo XVII, sita en la calle de Segovia, muy cerca de ese puente que la atraviesa a veintitrés metros de altura, al que el pueblo llama «el Viaducto» y desde el cual tantos despojos de la vida de Madrid han dado y dan todavía el gran salto a lo desconocido. Su patrona, pobre hospedera para uso de una bohemia cuya impecunia era el vicio menor, aplicaba a su clientela una tarifa tan baja, que se veía reducida —de tanto como se hacían esperar los pagos, a pesar de lo barato de sus precios— a practicar en favor suyo una sutil prestidigitación, en virtud de la cual un huevo se transformaba en dos huevos y un *beefsteak* en media docena de *beefsteaks*. Era «la vela picaresca» del siglo XVII revivida a fines del siglo XIX, y se precisaría la pluma de Quevedo para bosquejar dignamente el cuadro de cierta noche de Navidad en que Blasco Ibáñez, entre el frío glacial de esa alta meseta de Castilla y en un Madrid espolvoreado de nieve que caía a ráfagas, se divirtió en grande con sus compañeros de infortunio. Solo que ni uno ni otros se bajaron el embozo jamás aquella noche en los cafés adonde entraron. ¿De qué tenían miedo, pues, aquellos personajes de melodrama? Sencillamente de mostrar su desnudez lastimosa. Estaban en mangas de camisa. Para poder, como los dichosos de este mundo, gustar alguna alegría en aquella noche consagrada, habían empeñado heroicamente sus chaquetas. Ponían en práctica un antiguo proverbio de allá: «la capa todo lo tapa».